



Cuadernos Maximalistas

5

Adlerianismo para comuneros

Cuadernos maximalistas. nº 5

Adlerianismo para comuneros

Edita: Centro de Estudios Maximalistas

<http://maximalismo.org>

Diseño y Maquetación: Elio del Amo Feduchy

Ilustración de portada: Elio del Amo Feduchy

Adlerianismo para comuneros

Introducción	5
¿Qué es el adlerianismo?	5
¿Por qué nos interesa?	5
Lo que somos.....	11
Seres comunitarios.....	11
Con necesidad de pertenencia	12
Que se proyectan en el futuro a través de objetivos	12
Y encuentran su camino a través del aporte.....	13
Desarrollando su sentido de comunidad.....	14
Lo que nos aísla	17
El sentimiento de abandono	18
Las metas infantiles equivocadas.....	21
1. Búsqueda de atención	22
2. Dominación.....	23
3. Represalia y sadismo.....	24
4. Auto-abandono	25
Las metas adultas equivocadas	26
La lógica privada.....	28
Las trampas.....	31
Las emociones sociales negativas	31
Los sentimientos de culpa.....	31
La fuerza de voluntad.....	32
Lo que nos integra.....	33
Las emociones sociales positivas y la responsabilidad colectiva.....	33
El coraje.....	34
Las tareas vitales.....	36
El trabajo.....	36
La amistad	39
La pareja.....	41
El sentido de comunidad como práctica social y como moral.....	43
Apéndice: Cuatro consejos para colectividades novatas	46
1. Tener las puertas abiertas no es lo mismo que dejar la entrada libre	46
2. Una colectividad no es una comunidad terapéutica.....	46
3. El sentido de comunidad no se mide en términos ideológicos.....	48
4. Poner reglas es un mal síntoma	49

Introducción

¿Qué es el adlerianismo?

Adler desarrolló una teoría que por un lado atendía a los hechos «subjetivos» y por otra ponía el énfasis en los hechos «sociales». En una época en la que muchos abrazaban el determinismo biológico y psicológico y en la que el interés científico se centraba en los procesos instintivos, Adler puso en foco en cómo pensamientos e ideas materializaban el entorno social.

Eva Dreikurs

A finales del siglo XIX, toda una generación de médicos europeos empieza a poner en cuestión el enfoque hasta entonces dominante sobre las enfermedades mentales. Entre estos, destaca pronto Alfred Adler, que se unirá en 1900 al grupo que impulsa Freud, donde dirigirá la revista del grupo y presidirá la sección vienesa de la primera *Sociedad Psicoanalítica*. Tras más de una década de trabajo y discusiones, en 1911 las diferencias entre el *corpus* freudiano y sus propias teorías se hacen ya insostenibles y abandona el grupo.

Entre 1912 y 1937, año en el que muere en el exilio en Aberdeen, Escocia, su investigación evolucionará desde una teoría sobre los efectos psicológicos del desarrollo fisiológico hacia una teoría general de la personalidad basada en la *pertenencia* y el *sentido de comunidad*.

Su trabajo será continuado por Rudolf Dreikurs, al que había conocido en los ambientes socialistas obreros austriacos de los 30. Exiliado también y veintisiete años menor que Adler, Dreikurs desarrollará la teoría y organizará la escuela de *Psicología Individual* en los EEUU de los años cincuenta a setenta.

Finalmente, en las últimas décadas, la hija de Rudolf, Eva Dreikurs, estandarizó y defendió la escuela adleriana frente a las tendencias que tendían a desdibujar su base materialista y comunitaria, consolidando así el *corpus* del *adlerianismo*; una Psicología que:

- A diferencia del freudianismo, define la personalidad como una unidad, como una totalidad inseparable en piezas o partes independientes y contradictorias. Adler intenta aproximar esa totalidad a través del *estilo de vida*, un concepto que expresa de modo relativamente estable la idea que cada individuo tiene de sí mismo y de los demás y las metas básicas que orientan su vida.
- Define al individuo como un ser comunitario y por tanto social. Satisfacer la *necesidad de pertenencia*, es para los adlerianos el principal motor del comportamiento a lo largo de la vida y especialmente en la infancia, cuando se construyen los fundamentos del *estilo de vida* que definen luego la personalidad adulta.
- El individuo se orienta por objetivos y metas que él mismo autodetermina en la búsqueda de la pertenencia desde su infancia... lo que abre la posibilidad de superar los aspectos disfuncionales o insatisfactorios de su *estilo de vida*, pues las metas y los medios que nos damos para alcanzarlos se pueden moldear y modificar una vez la persona toma consciencia de la necesidad de cambiarlos.
- Reconoce el carácter social de las fuerzas que dan forma al *estilo de vida* a través de la experiencia en el seno de la comunidad y su *subjetivación*, es decir, su interpretación

y su materialización en distintas metas y objetivos que orientan la interacción social de la persona.

- Por eso, la base para entender el comportamiento de un individuo es el *significado social* de sus acciones. Y por eso el *gemeinschaftsgefühl*, el *espíritu* o *sentido de comunidad*, es la medida de su desarrollo. El *sentido de comunidad* no es un chauvinismo de grupo, ni la exaltación de una pertenencia en concreto, sino la comprensión de que el medio para *pertenecer* es *aportar* a la comunidad humana real, tangible, de la que se es parte. Es el desarrollo sano de este *sentido de comunidad*, incubado en una comunidad concreta y real, el que permite luego a la persona integrarse y *pertenecer* a cualquier otra comunidad humana al punto de sentir a la Humanidad entera como su comunidad de pertenencia.

¿Por qué nos interesa?

La teoría adleriana es *comunitario-céntrica* y solo por eso merecería ya la atención de cualquiera involucrado en las formas cooperativas de organización del trabajo. Pero es también una teoría *modesta*: no pretende tanto *curar* enfermedades mentales, como dar elementos para superar el sentimiento de inadecuación y la soledad y realizar nuestras tres grandes *tareas vitales*:

- Ser capaces de tomar consciencia y crecer en responsabilidad sobre nuestro propio trabajo, que en el marco adleriano incluye nuestras militancias y causas;
- Profundizar el amor de pareja construyendo relaciones estables, maduras y a largo plazo; y

- Desarrollar nuestra comunidad de elección -los *amigos* en el sentido epicúreo- a través de relaciones de amistad reales y profundas en las que el *hablar en verdad* construye y reconoce como iguales a cada uno.

Para el adlerianismo estas tres tareas son lo que toda comunidad requiere de cada uno de nosotros como aporte básico para satisfacer, dentro del orden social, las necesidades de la gran comunidad humana.

Los comuneros no podemos vernos sino reflejados en esta definición que conecta nuestra noción de colectividad con las necesidades de nuestra especie, por mucho que no podamos callar la crítica de la afirmación general que, implícitamente no parece ver contradicción entre el sistema capitalista y el desarrollo humano.

Y es que no podemos dejar de ver cómo el orden social existente es cada vez más antagónico de las necesidades humanas universales, rompiendo ese nexo del que habla la fórmula adleriana, en prácticamente todas las formas comunitarias existentes en nuestra sociedad y minando constantemente, a base de atomización y mercantilización, el mismo hecho comunitario. Sería incoherente defender una moral comunitaria y renunciar a la crítica de la sociedad que la coloca contracorriente.

Hay que decir para ser justos sin embargo, que los adlerianos de hoy son conscientes de que, como decía Eva Dreikurs a principios de 2022, *se está produciendo una quiebra de las fortalezas sociales* que se manifiesta en una verdadera crisis general de las tres tareas vitales. Lleva razón: la noción de res-

pensabilidad personal y colectiva ante el trabajo se devalúa, las parejas y las familias son cada vez más frágiles y el discurso social dominante impulsa sistemáticamente la sustitución de los espacios de la amistad entre iguales por los del intercambio entre igualdades contables.

Pero precisamente porque constatamos esta tendencia, la teoría adleriana es especialmente valiosa para nosotros. Su aporte principal es ayudarnos a materializar una forma de *pertenencia* capaz de satisfacer las necesidades de cada uno integrando y multiplicando sus propias capacidades a través de la acción y el conocimiento colectivo.

Por eso debemos leer la teoría adleriana como una guía para reforzar conscientemente nuestras colectividades, como una herramienta útil para resistir a las fuerzas que empujan a los entornos laborales y sociales contemporáneos a convertirse en verdaderas *tritadoras* que aíslan, atomizan y contraponen a sus miembros.

Este libro trata de sintetizar el discurso adleriano en dos planos. En el primero resumimos el núcleo de la *Psicología individual* con textos breves y algunas citas. En el segundo, proponemos prácticas y actividades comunitarias que responden en distintos contextos a los elementos señalados por la teoría.

El objetivo es presentar una serie de herramientas útiles para entendernos mejor individualmente y entender mejor a nuestros compañeros junto con una serie de recuadros con enfoques y actividades

que incorporar a la acción y la vida colectiva para animar el coraje, la autonomía personal y el desarrollo de todos.

Más allá incluso de nuestras colectividades, esperamos haber conseguido hacer un pequeño mapa de conocimientos y prácticas útiles para crecer mejor en cualquier comunidad o empeño colectivo.

Lo que somos

Seres comunitarios

Todo en nuestra especie gira en torno a la satisfacción colectiva de las necesidades de sus miembros. Nuestra fisiología está condicionada por un camino evolutivo que permitió a nuestra especie sobrevivir a través del desarrollo de su organización social: el uso de instrumentos para transformar el medio, el desarrollo del lenguaje, la sexualidad, los largos periodos de crianza necesarios para un desarrollo físico y neurológico pleno... Lo que caracteriza la vía evolutiva que acaba en la configuración de nuestra especie confluye y se materializa en la centralidad de la comunidad humana, única base de organización social durante casi 300.000 años.

La aparición de sociedades de escala mucho mayor hace unos 10.000 años y la aparición y hegemonía posterior de sociedades fracturadas en clases con una división más compleja del trabajo, no ha transformado el legado de la evolución, aunque haya condicionado la formación de la personalidad de los individuos humanos. Los motores siguen intactos.

Somos seres comunitarios que necesitamos de la comunidad desde el primer día. Todo nuestro desarrollo vendrá condicionado por nuestra relación con ella. Lo que Adler llama nuestro *estilo de vida*, es decir, nuestras convicciones básicas y profundas sobre la vida y sobre el papel que nosotros mismos y los demás tenemos en ella, se forma en el curso de nuestras experiencias vitales y en relación con la comunidad.

Con necesidad de pertenencia

La «necesidad de pertenencia» es fundamental en los seres humanos, es lo que les liga. Los conceptos que una persona desarrolla sobre esta necesidad son de la mayor importancia. Si el niño crece con la convicción de que pertenece a la familia y tiene un lugar sólido en ella y por extensión en la comunidad en el sentido más amplio, su idea de lo que significa crecer pasará por la necesidad de contribuir al bienestar del conjunto.

Eva Dreikurs

Nacemos en comunidad y desde el primer momento de vida reclamamos su aceptación y cuidado. No hay otra forma de sobrevivir para el cachorro de nuestra especie.

El motor de nuestra maduración durante la infancia es relativamente sencillo: queremos *crecer*, dejar atrás nuestra *inferioridad*, nuestra *dependencia*, para *pertenecer*, es decir, ser más autónomos y convertirnos en un igual de aquellos que nos cuidan y por tanto en un miembro pleno de la comunidad que, literalmente, nos da sentido.

Que se proyectan en el futuro a través de objetivos

Los desarrollos psicológicos son análogos a los orgánicos. Cada mente forma una concepción de una meta, unos medios para ir más allá de su estado actual y para superar las deficiencias presentes o dificultades mediante la formulación de un objetivo particular para el futuro. Gracias a esta meta u objetivo, los individuos pueden pensar y sentirse por encima de las dificultades presentes porque tienen a la vista el triunfo futuro. Sin este sentido de la meta a alcanzar, la acción individual sería insignificante.

Alfred Adler

Si el motor del desarrollo de la personalidad es la búsqueda de la pertenencia comunitaria, la forma concreta que toma depende de los objetivos y metas que nos damos para lograrlo. Según Adler, la personalidad se forja en el niño a través del filtro de estas metas cuyo objetivo final es la aceptación e integración en nuestra *comunidad original*: la familia.

Estos objetivos, como veremos, pueden ser más o menos acertados para llevarnos hacia donde queremos. Pero lo importante es que somos nosotros mismos, los que a partir de nuestra experiencia, que es a la vez social y subjetiva, los fijamos. Y por tanto podemos cambiarlos... si somos capaces de tomar consciencia de las contradicciones que generan y superarlas a través de nuevos objetivos y metas.

Y encuentran su camino a través del aporte

Del sentimiento de pertenencia surge la meta del aporte. El sentimiento de pertenencia es al mismo tiempo un producto y el motor de una consciencia más alta de la interdependencia entre el individuo y el grupo.

Eva Dreikurs

La ideación infantil de los objetivos vitales va a tomar forma en la relación con su comunidad familiar, sus reglas y su capacidad para orientar positivamente al niño.

Si la familia sabe responder a los esfuerzos del niño por volverse útil, el objetivo que el niño se fije será «constructivo», es decir, se realizará a través del aporte y la superación personal. Las metas de la personalidad infantil sentarán las bases del desarrollo de una persona socialmente útil que se sentirá segura de sí misma.

Si no es así, nuestro *estilo de vida* nos encauzará hacia la búsqueda de un falso éxito más o menos abiertamente antisocial -recibir atención, ganar popularidad, ejercer poder e incluso causar daño a otros- y siempre insatisfactorio. La contradicción entre una necesidad de pertenencia que nunca afloja y unas metas que destruyen la comunidad de la que se desea reconocimiento, deberá resolverse, bien desembocando definitivamente en el aislamiento y la soledad, bien ganando consciencia, *reajustando* el *estilo de vida* y desarrollando *sentido de comunidad*.

Desarrollando su sentido de comunidad

El sentido de comunidad es el proceso fundamental por el que un individuo puede desarrollar su verdadero potencial humano. Cuando una persona aporta al bienestar de la Humanidad, tiene la posibilidad de desarrollar como ser humano su creatividad para resolver problemas, dominar tareas, aprender y crear en vez de gastar sus energías en probar que es «lo suficientemente bueno» o una persona que merece la pena.

Eva Dreikurs

El concepto clave del pensamiento de Adler es el de *Gemeinschaftsgefühl*, literalmente *sentido de comunidad*. En inglés suele traducirse como *social interest*... que no es lo mismo. Básicamente es el proceso mediante el cual una persona gana el coraje para aportar y a través del aporte pertenecer a la comunidad, a cualquier comunidad, en la que quiera integrarse.

Todos los principales problemas vitales y psicológicos de los individuos se explican entre los adlerianos como distanciamientos o renunciaciones del sentido de comunidad. Para ellos el

sentido de comunidad es la base que permite a una persona enfrentar sin temor las dificultades de la vida. No es la solución a sus problemas sino una forma de encararlos que, siempre a través del aporte, fortalece a la persona y su papel a la comunidad o comunidades de las que forma parte.

El sentido de comunidad no se desarrolla simplemente mediante un cambio de percepción o mediante la súbita consciencia de un error o un trauma pasado. Se desarrolla mediante la experiencia de interacción con las comunidades a las que el individuo pertenece: amigos, familia, compañeros de trabajo, círculos de relación...

Esta relación es dialéctica: individuo y comunidad se influyen mutuamente, y el conjunto determina a las partes. No hay desarrollo personal posible en una comunidad destructiva ni hay comunidad capaz de *rescatar* a un individuo que se *enroque* y se niegue a *pertenecer*.

Adler apuntó más de una vez que «nuestra así llamada Psicología Individual es en realidad una Psicología Social», porque el objetivo de su acción sobre las personas que *trataba* era animarlas a pasar del lado *inútil* de la vida a *preocuparse genuinamente por los demás*.

La ideología dominante quiere representar todas las relaciones humanas como formas diversas de un gran flujo de intercambios de iguales en valor. Sin embargo, cualquiera que intente entender y facilitar la capacidad de crecimiento de una comunidad humana sobre esa base está condenado al fracaso. Así sea una familia, un grupo de amigos o una cooperativa de trabajo

Lo que los individuos queremos recibir de una comunidad es la oportunidad de aportar y sentirnos útiles, es decir, queremos sentir que pertenecemos a un grupo que da sentido social a lo que hacemos.

Si una colectividad no consigue crecer no se trata de hacerla más atractiva a posibles incorporaciones pidiendo menos compromiso, como si fuera una teleoperadora que ofrece una permanencia menor. Y si surgen dificultades con nuevos miembros tampoco se trata de pedirles menos responsabilidades para «hacerse más fácil».

El atractivo de una comunidad y su capacidad de integración de nuevos miembros no depende tanto del grado de compromiso que exige para poder unirse a ella como de la facilidad con la que permite aportar al que cruza sus puertas. Si existen formas claras, asequibles y comprensibles de aporte, quien quiera que llegue y las adopte se sentirá valioso para los demás y útil a la causa que comparte con el resto.

Lo que nos aísla

Al considerar la estructura de una personalidad, la principal dificultad es que su unidad, su particular estilo de vida y objetivos, no se construye sobre la realidad objetiva, sino sobre la visión subjetiva que el individuo se hace de los hechos de la vida.

Alfred Adler

La Psicología adleriana da un papel central a la experiencia individual. Pero la experiencia, aunque sea el producto de un hecho objetivo, es siempre subjetiva. La misma situación, los mismos hechos, pueden ser interpretados y por tanto *ser experimentados* de forma diferente por dos personas distintas sencillamente porque su *estilo de vida*, es diferente.

Comprender esto es central para una colectividad. No basta con tener *buenas normas* para traducir una moral comunitaria integradora y útil al desarrollo de cada uno. Se trata de que las relaciones comunitarias generen por sí mismas *experiencias* que refuercen el *sentido de comunidad*: la convicción de que sólo el aporte es el camino para superar nuestros sentimientos de inadecuación y la forma de llegar a pertenecer realmente como iguales en una comunidad, cualquiera sea.

Esto supone un doble esfuerzo: por un lado localizar y tener claro dónde y cuándo pueden producirse situaciones que alimenten las *lógicas privadas* que queremos combatir, en segundo lugar transformarlas en experiencias que refuercen la lógica del aporte.

Para encontrar estos puntos críticos el adlerianismo nos da una referencia sobre las experiencias y derivas infantiles que propician la renuncia o la pérdida del sentido de comunidad.

El sentimiento de abandono

El sentimiento de pertenencia en el niño y en el púber le ayuda a desarrollar un concepto de sí mismo que se articula entorno a su propia valía, adecuación, competencia y utilidad, así como el concepto de los demás que se haga se construirá en torno a la confianza, la decencia y la cooperación.

El niño desarrolla un sentido de su propia identidad en el contexto de la vida comunitaria. El tipo de concepto de sí mismo, la visión del mundo, el concepto de los otros y las metas que el niño desarrolle serán su propia creación, pero reflejan el tipo de experiencias que tiene. Cuanto más profundamente sienta que es un miembro importante de la comunidad, más reconocerá el valor de su aporte al bienestar comunitario, mayor será el respeto que sienta por los demás y por sí mismo y mayor será su autoconfianza y su sentido de comunidad.

Eva Dreikurs

Un niño que crece en una comunidad funcional, desarrolla una lógica privada en la que las figuras adultas son sus cuidadores y protectores. Pero, ¿qué pasa cuando la comunidad familiar no está cuando el niño la necesita y se siente solo en un momento de terror o daño?

Si el niño siente que la comunidad de los mayores a la que aspira a pertenecer ya no es una referencia segura y estable, rehará su lógica privada para adaptarla al *descubrimiento* de que ya no puede contar con ella. Su nueva lógica privada le recordará una y otra vez que los deseos de pertenencia que siente son en realidad peligrosos cantos de sirena y que todo aporte se convertirá probablemente en un desperdicio descorazonador que, a fin de cuentas, deberá reprocharse a sí mismo.

El sentimiento de inferioridad que le hacía querer superarse y *crecer* se convertirá muy probablemente en un sentimiento de inadecuación, una losa que le dice que no es lo *suficientemente bueno* como para que la comunidad le otorgue una pertenencia plena. El cuadro final probablemente contenga retraimiento, soledad autoinfligida y una variabilidad *incomprensible* e intermitente entre entrega y reproche emocional.

Es importante señalar que no estamos hablando sólo de familias abusadoras o ausentes. El abandono percibido por el niño no tiene por qué ser *material*, basta que lo sea *para él*. La experiencia es subjetiva. Puede que el niño sufra un miedo cervical y traumatizante ante algo que simplemente no comprende, no necesariamente una agresión; o puede que habiendo una agresión, la familia simplemente la desconozca. Da igual: el niño, que hasta entonces se ha sentido seguro, ya no podrá retomar el marco de comprensión de sí mismo en el mundo que tenía hasta entonces.

El carácter subjetivo y social de la experiencia de alguien es siempre la clave para entender su personalidad. Por eso, entre otras cosas, la *sobreprotección* de los niños es en realidad *sobreexposición* al trauma: cuanto menor sea la resistencia a la frustración más intensamente empujará ésta hacia una lógica privada destructiva.

Por otro lado, aunque la infancia es la etapa en la que las experiencias subjetivas determinan de forma más directa la conformación de la personalidad, el proceso no termina nunca. Las experiencias adultas, tomadas individualmente, en principio marcan en menor grado nuestro *estilo de vida*

como un todo. La lógica privada se vuelve cada vez más estable a lo largo de la vida, pero no es inmutable.

Y desde luego, la exclusión y el abandono comunitario duelen a todas las edades. Podemos olvidar nuestros errores y los ajenos, pero difícilmente olvidaremos aquel momento en que *nos dejaron solos* frente a algo que nos abrumaba.

Las colectividades tenemos la exigencia moral de construir una comunidad que, través de una experiencia de trabajo y vida colectiva, aporte a cada uno la seguridad de que, se equivoque o no, tenga éxito en sus aportes o no, *seguirá siendo parte porque nunca va a ser dejado a su suerte* ni excluido del metabolismo colectivo.

Esto no es un principio a recordar nada más en los *grandes momentos* y las crisis, significa sobre todo hacer un ejercicio cotidiano de gestión colectiva de las pequeñas frustraciones cotidianas. ¿Llegamos a la puerta de la casa y el que traía las llaves no las encuentra? ¿Llegamos por fin a la ventanilla de turno y el que tenía que traer el papel crítico no sabe dónde lo puso? El proyecto colectivo pasa automáticamente a consistir en poner las cosas fáciles al atribulado compañero que se despistó, rebajar la angustia y solventar el problema concreto desde el apoyo al que cometió un error, nunca emprendiendo una acción alternativa que le ignore o le haga sentir inútil, *fallido* o abandonado. Y por supuesto, aún menos jugando a la culpabilización.

Las metas *infantiles* equivocadas

Si cada uno de los niños de la familia no encuentra su lugar o si no creen que haya un lugar para todos, intentarán alcanzar el éxito [la pertenencia] competitivamente, a expensas de los demás.

Eva Dreikurs

Adler fue el primero en describir al *príncipe destronado* y algunos de sus continuadores como Ferguson, fueron pioneros en estudiar el papel que nuestra cultura da al orden de nacimiento y el sexo en una familia. Sin embargo, la consigna adleriana insiste en que ni el orden ni el sexo del niño implican por sí mismos que el niño vaya a adoptar unos patrones determinados en su desarrollo. Lo importante, subrayan, es entender la familia como una totalidad dinámica. La clave, y esto es válido para cualquier comunidad, es que cada uno crea y sienta que hay lugar en la comunidad para él mismo y para todos los demás.

En general, cuando el niño se da cuenta de que no es un igual en la comunidad, intenta hacerse un lugar siendo *especial* de alguna manera. Esto puede tomar una forma positiva cuando encauza la superación de su sentimiento de inferioridad hacia medios que le hagan *especial* a través de la superación y el aporte: destacar en los estudios, hacer tareas domésticas, cuidar de los más pequeños, etc.

Pero tanto el niño sobreprotegido como el excluido son privados de las experiencias que le permiten identificar ese camino. En la mayoría de los casos confundirá superarse para ser *especial como todos los demás*, con ser *superior* a los

otros. En vez de hacerse útil al resto, ensayará estrategias de poder para superar su sentimiento de inferioridad que serán cada vez más frustrantes para él y para la comunidad familiar como un todo.

Rudolf Dreikurs categorizó estas *respuestas equivocadas* en cuatro.

1. Búsqueda de atención

En todos los casos el niño asocia recibir atención con ser valioso y por tanto tener una opción de pertenencia. En sí misma, la estrategia no es destructiva. Dependerá de los medios por los que opte para recibir atención.

Si el niño siente que la comunidad sólo o preferentemente presta atención a lo molesto, a lo discordante, a la ruptura de las bases de convivencia, etc. la cultura comunitaria le estará empujando hacia el camino equivocado.

Una buena práctica comunitaria es establecer la escucha como el procedimiento básico de relación con los demás. Por una vez, tiene sentido definir una norma:

- Sólo una persona puede hablar en cada momento, el resto escucha.
- Pero cuando alguien más interrumpe para intervenir, el que tiene la palabra debe callar y dejarle paso.
- Si el que interrumpe cambia de tema o ha roto un argumento antes de que concluyera, alguien del resto de los presentes debe interrumpirle a su vez para pedir a quien tenía originalmente la palabra que prosiga o concluya.

De esta forma no sólo la conversación pasa a representarse como un bien colectivo que se cuida conscientemente entre todos, sino que se establece un terreno igualitario de interacción en el que las tendencias más destructivas no encontrarán el espacio de confusión que necesitan para que puedan ser ignoradas hasta normalizarse.

2. Dominación

El problema de la búsqueda disfuncional de atención es que se vuelve fácilmente insaciable e insatisfactoria. La confusión entre valor personal y atención recibida se convierte paulatinamente en una confusión entre dominio de las tareas a realizar y dominio sobre los otros.

Este tipo de metas son siempre dañinas y pueden tomar muchas formas, desde el victimismo y el chantaje emocional hasta el autoritarismo o la aparición de conatos de abuso verbal.

Celebrar, poner en valor explícitamente los resultados del trabajo y los éxitos colectivos es una necesidad material: genera el tipo de experiencia que aporta a cada uno y le reafirma en su aporte.

Una buena práctica es brindar juntos en la comida por los avances del trabajo del día. Cada día brinda uno y hace el ejercicio de recapitular lo avanzado y aportado por cada uno de los demás poniendo en valor, uno por uno, los retos concretos y su resolución.

De este modo, los objetivos, las tareas y su superación aparecen en el centro del relato comunitario diaria-

mente como lo que son: el resultado de la responsabilidad y el trabajo colectivos.

Se diluye así lo que los sentimientos de inadecuación de un nuevo miembro podrían entender como signos de una competencia encubierta de la que sería perdedor. Esa idea es tan *marciana* y rebuscada para un comunero que normalmente pasamos por alto un patrón socialmente habitual que los que vienen de una experiencia laboral común van a buscar para confirmar sus lógicas privadas más destructivas.

3. Represalia y sadismo

El poder sobre otros difícilmente puede conducir a superar el daño que siente el niño agraviado y enfadado con el mundo. Lo más probable es que busque su reconocimiento reduciendo cada vez más su sentido de comunidad. Ver reconocida su *superioridad* aparecerá como una meta y dañar a otros cada vez le importará y le costará menos.

Estamos ante el nacimiento de un *bully*, de un *abusón* que buscará los puntos emocionalmente más débiles de terceros para poder mostrarles desprecio y transferirles su propio sentimiento de inadecuación y abandono. Es la única manera en que se ve capaz de *igualar el terreno* frente a los demás, ante los que se siente frustrante y violentamente *inferior*.

En una colectividad sana es prácticamente imposible que un comunero desarrolle un deseo de *superioridad*. Puede aparecer sin embargo en el primer año y medio

de alguien recién llegado si no se ha sabido conducir hacia el aporte su sentimiento de inadecuación.

Cuando eso ocurre es importante, en primer lugar reafirmar honesta y abiertamente la pertenencia del compañero en deriva: su problema es el problema de todos y todos necesitamos de él para solucionarlo. Por enfadados que estemos esa es la verdad y es por esa verdad por donde debemos comenzar toda intervención o respuesta, porque si eso es comprendido y puesto por delante por todos y especialmente por él mismo, el problema habrá encontrado el comienzo de su solución.

4. Auto-abandono

En el estadio final el niño desiste de seguir intentando encontrar un lugar en la comunidad. Se rinde y su comportamiento pasa a confundirse con lo que Adler llamó *complejo de inferioridad*: un estado de aislamiento emocional permanente, una soledad rencorosa desde la que el niño repite continuamente, a sí mismo y a los demás, que ningún apoyo o esfuerzo de los demás servirá de nada.

El auto-abandono del niño normalmente acaba contagiando su derrotismo a toda la familia. En los adultos el efecto es aún peor. Ayudar a un adulto a reconducir la meta del *dejad que me pudra yo solo* es extremadamente difícil y exige una gran solidez e implicación de toda la comunidad que le rodea.

La progresión de *metas equivocadas* en los niños sólo tiene valor como referencia en las relaciones entre personas adultas. En los adultos lo más frecuente es que aparezcan solapadas. Y eso en una colectividad quiere

decir que alguna vez intentaremos integrar a alguien que aunque no haya manifestado deseos de dominación o violencia o sólo conatos con los que creemos podemos lidiar, en realidad nos caiga con todo el cuadro. Reconocer el derrotismo y el auto-abandono será fundamental entonces para valorar la verdadera gravedad de la situación.

Llegados a este punto, seguramente las formas de interacción de la comunidad, por mucho que faciliten el *sentimiento comunitario*, no basten y sea necesario recurrir a ayuda profesional externa. Aquí, lo importante es no olvidar dos cosas:

1. El protagonista tiene que entender la necesidad de superar su situación recurriendo a un profesional, y ayudarle a hacerlo es la tarea más importante del resto.
2. Que un individuo cuyo estilo de vida se ha forjado fuera de la colectividad entre en crisis y requiera ayuda no es un fracaso ni una desgracia. No dejamos de lindar con la gran trituradora de vidas en la que se ha convertido el sistema y es inevitable que nos arroje sus consecuencias una y otra vez.

Las metas *adultas* equivocadas

Sólo en algunas ocasiones las personas adultas manifiestan la escalada en cuatro metas que resulta relativamente frecuente en los niños. Sus *estilos de vida* son más complejos y sus *lógicas privadas* son más rígidas pero también más retorcidas. Por lo general los adultos muestran *metas equivocadas*.

das propias, muchas de ellas heredadas de la adolescencia, que no aparecen en los niños.

Una muy típica: eludir la responsabilidad de las tareas vitales, tomando como sustituto del *sentido de comunidad* la meta equivocada del *reconocimiento social*. Es una sustitución errada: *ser popular* es puro *soma*.

La búsqueda de la *popularidad* coloca el empeño del individuo en un contexto no-comunitario, relativamente abstracto y carente de responsabilidades. Representar un papel, construir una identidad social es lo contrario de la pertenencia. *Ser popular* no exige aporte, sino representación. Por eso es mucho más fácil que atreverse a *ser parte*. Por eso es *adictivo*. Por eso a menudo entra en contradicción con la comunidad de pertenencia de cuyas responsabilidades huye el individuo. Y por eso elegirá con frecuencia seguir siendo *popular* a responder a sus iguales. Está huyendo de la comunidad hacia la popularidad como se huye a un mundo ilusorio, para no enfrentar el miedo de la responsabilidad, de *no estar a la altura*. La *popularidad* le permite creerse *superior*, fingir que ha trascendido el círculo íntimo de relaciones familiares, laborales y comunitarias para eludir sus tareas vitales.

Pero es un camino frustrante para todos. Ninguna persona puede *socializarse* de modo fructífero sin haber encontrado el coraje y resuelto antes las tareas básicas de la vida. La *popularidad* genera ocasiones sociales, no el sentido de propósito y responsabilidad del trabajo; lleva a encontrar *amigos de salir*, no amistades con las que compartir la vida; y permite conocer *amantes pasajeros*, no amores con los que construir un proyecto vital.

La huida hacia el reconocimiento en abstracto, la aceptación social o la *popularidad*, sólo pueden aislarle y atomizarle bajo la ilusión de que puede crecer sin aceptar responsabilidades interpersonales serias.

Una colectividad no es un mero grupo formado azarosamente que flota en el tiempo. Toda colectividad tiene propósito, pretende navegar hacia algún lado. Por eso sus miembros reman cada día. No lo olvidemos.

Recordar por qué luchamos, celebrarlo y tenerlo presente, da fuerza a lo colectivo y a cada uno. Toda colectividad necesita tener un relato *hacia dentro* mucho más profundo y ambicioso que el que muestra a los curiosos.

Toda una gama de buenas prácticas son posibles aquí. La más importante, sin duda, es conversar regularmente sobre lo estratégico y sobre los objetivos a largo plazo sin vergüenza ni modestia. También y con el mismo sentido, debatir lecturas y noticias relacionadas con nuestros grandes objetivos diaria o casi diariamente. Y no debemos olvidar nunca el juego *simbólico*: si todos los movimientos comuneros de la historia, desde los epicúreos al kibutz, pasando por los icarianos, han desarrollado una imagen gráfica característica es porque los símbolos cohesionan recordándonos principios y fines *sin hablar*.

La lógica privada

Adler descubrió que incluso el comportamiento de los niños más pequeños denota que se orientan a objetivos y desarrollan patrones de comportamiento. Hacia el final del primer año de

vida el comportamiento orientado a metas y los patrones de respuesta para salir adelante pueden identificarse ya muy claramente. De forma creciente las conclusiones infantiles nacidas de las circunstancias inmediatas se van integrando en una per «spectiva vital». Esta es una primera tentativa que irá tomando forma, a través de prueba y error, en un conjunto coherente de conceptos.

Estos esquemas subjetivos representan una «lógica privada» que tienen sentido para el niño incluso cuando para los adultos no sea válida y parezca «ilógica». Cuando el niño alcance los cinco o seis años sus hipótesis sobre el significado de la vida habrán sido comprobadas muchas veces y creará que son verdad. El niño no reconoce la subjetividad de sus creencias y las considera objetivamente válidas. Por eso Adler dice que cuando el niño tiene cinco o seis años ya ha desarrollado un «estilo de vida», un modo de relacionarse con el mundo que contiene un concepto básico de sí mismo y una meta vital, una visión del mundo y una manera fundamental de lidiar con las situaciones de la vida (modus operandi) que permanecerá relativamente estable durante su vida.

Eva Dreikurs

Cuando la lógica privada es *racional* y aporta, le llamamos simplemente *sentido común* y nadie cae en ella. Cuando la *lógica privada* importa es cuando es obviamente *ilógica*. ¿Por qué el compañero X sabotea una y otra vez sus propios avances? ¿Por qué Y elige una y otra vez parejas abusadoras?

Parece ilógico pero responde a una lógica propia, particular y obviamente errada que es imposible superar si el individuo no abre los ojos a los objetivos íntimos de su propio comportamiento y los enfrenta con una buena dosis de coraje.

La *lógica privada* le dice a uno que *en el momento de la verdad siempre le dejarán solo*, a otro que no se sentirá parte de nada si no gana antes aceptación precisamente de ese tipo de persona que reconoce íntima e inmediatamente como controladora e insegura. Puede que uno y otro parezcan estar *avanzando*, desarrollando su sentido de comunidad y enfrentando con cierto éxito alguna de sus tareas vitales. Pero la *lógica privada* sigue ahí, recordándoles que *todo va a fallar hagan lo que hagan* o empujándoles a *intentar de nuevo* lo que saben que no puede salir bien. Si no aprenden a doblarle la mano no podrán crecer ni avanzar.

No es que el individuo no se *de cuenta* de que está autosaboteándose. No es que todo *vaya bien* salvo *incidentes puntuales*. Es que el autosabotaje existe porque calma la angustia y el vértigo de enfrentarse a esa *lógica privada* heredada de anteriores etapas de la vida. El autosabotaje, es una forma de adelantar el daño que nuestra *lógica privada* anuncia y provoca. Los individuos se autosabotean porque confirmar su *lógica privada* les provee del gozo del adicto: quieren creer que es un descanso *para seguir adelante* cuando en realidad les devuelve a la casilla de salida.

Las trampas

Las emociones sociales negativas

Las emociones *sociales*, lo que *sentimos* frente a los demás en general, nos refuerzan y predisponen frente a los otros. Son un cuchillo de doble filo. Si el aporte nos está haciendo sentir parte, la emoción nos moverá a reforzar el patrón que funciona, acercarnos a los demás y elevar -al menos aparentemente- nuestro *sentido de comunidad*.

Pero si nos sentimos fracasados y nuestra lógica privada empieza a campar y reafirmarse, los sentimientos sociales negativos la reforzarán. El ejemplo más básico es el sentimiento de culpa.

Los sentimientos de culpa

El sentimiento de culpa no es un sentimiento comunitario ni social. No tiene nada que ver con la responsabilidad porque no se enfoca a mejorar una situación determinada. Al revés, es un sentimiento que se enfoca en uno mismo y refuerza su papel como *el que hace las cosas mal* dentro de la comunidad.

El sentimiento de culpa es la excusa perfecta para librarse de la responsabilidad de mejorar las cosas, desentenderse de aquellos frente a los que se siente culpable y al mismo mostrar coqueta y victimistamente las propias *buenas intenciones*. Es una forma de asentar y reforzar en una acción pasada un sentimiento de inadecuación presente.

La persona con sentimientos de culpa está ocultándose bajo una apariencia de responsabilidad y sentido de comunidad. Pero no es más que una excusa para no enfrentarse a las difi-

cultades de una situación que sólo sabe entender desde sí y para sí mismo. Por eso, el que se sabe culpable de algo y actúa responsable y constructivamente, no tiene sentimientos de culpa. Corrige a base del aporte.

La fuerza de voluntad

La fuerza de voluntad es el primo sonriente del sentimiento de culpa. Otra excusa a través de la que el individuo emborrona sus propias motivaciones y metas. Exaltar la *fuerza de voluntad* no es más que presentar las acciones que realizamos voluntariamente como un triunfo frente a nuestra supuesta inadecuación presentándolas como algo que debería obtener reconocimiento comunitario y social.

Da por tanto por hecho el *sentimiento de inadecuación*, lo viste de responsabilidad comunitaria o social y trata de convertirlo en una forma de chantaje emocional más o menos frente a los interlocutores para obtener el ansiado reconocimiento. Es un sentimiento de superioridad que pretende ser amable y sacrificado... pero que en realidad es más de lo de siempre: una forma de escapar de la responsabilidad comunitaria.

Lo que nos integra

Las emociones sociales positivas y la responsabilidad colectiva

Cuando nos sentimos útiles a través del aporte, nuevas emociones aparecen reforzando nuestro *sentido comunitario* e impulsando que en nuestras acciones pese más el bienestar colectivo que la búsqueda de reconocimiento.

Estas nuevas emociones nos hacen sentir *importantes* de otra manera: elevando nuestra mirada del yo al nosotros y del nosotros a las necesidades generales de nuestra especie; elevando nuestras aspiraciones desde uno mismo a la solución de las necesidades comunitarias inmediatas y de ahí al propósito último de la colectividad. Las emociones positivas nos refuerzan en el buen camino: nos hacen sentir personalmente creativos, comunitariamente seguros y colectivamente revolucionarios.

El individuo, consciente de sí y de su necesidad para el colectivo, se siente entonces dueño de sus decisiones y se hace responsable de ellas. En conjunto, el sentimiento de responsabilidad colectiva se muestra entonces como lo que es realmente, el sentimiento de pertenencia de cada uno generando aportes distintos y confluyendo alrededor de un propósito común.

Y no, cuando las cosas se hacen bien, no es el *subidón* de un día de exaltación comunitaria. Es un modo de vivir cada día.

Sólo las colectividades, por realmente igualitarias y por sostenerse sobre la propiedad colectiva, pueden organizarse abierta y honestamente en torno a la respon-

sabilidad colectiva, toda otra organización tenderá a desarrollar jerarquías para poder alinear su propósito real y el sentimiento de pertenencia de sus miembros.

La mejor práctica comunitaria a este respecto es el principio de que el encargado de resolver un problema es el que lo encuentra, convirtiéndose para ello, sólo si sus capacidades no fueran suficientes, en coordinador de los aportes de los demás.

Es una regla sencilla que aplica para todos y en todas circunstancias: desde una pila de platos sin lavar a un problema complejo de programación.

El coraje

Para Adler, el coraje es una condición previa para poder poder vivir en comunidad. Coraje es poner la voluntad de aportar por delante del miedo a perder reconocimiento de los demás -o incluso ser rechazados- si nos equivocamos.

No tiene nada que ver con ser intrépidos ni temerarios, con hacer grandes gestos heroicos ni aceptar grandes sacrificios. No significa valorar más los logros que se puedan alcanzar que los costes de fallar. Y desde luego no significa tomar riesgos con tal de obtener reconocimiento, sino todo lo contrario.

Coraje significa vivir en comunidad dejando a un lado el miedo al rechazo porque ya *nos sentimos parte* y nos podemos atrever a fallar y ser imperfectos. Significa intentar sacar adelante nuestras tareas una y otra vez hasta que lo conseguimos sin dejarnos lastrar por las veces que *salieron mal* porque sentimos profundamente que nuestra pertenencia y el apo-

yo de nuestra comunidad no se van a poner en cuestión en ningún caso.

El coraje es el primer resultado del *sentido de comunidad* y la demostración más clara de que se expresa necesariamente como un desarrollo de la autonomía personal.

Produce además necesariamente una desaparición de la idea mercantil de *intercambio entre iguales* en las relaciones interpersonales. No hay contabilidades emocionales que valgan cuando nuestras metas se orientan al aporte, porque no necesitamos contabilizar *cuánto recibimos* ni compararnos con otros y sus necesidades para sentir pertenencia.

Los terapeutas adlerianos han ido desarrollando a lo largo de los años distintas técnicas y estrategias para *facilitar* el coraje. En un entorno colectivo tiene que ser el conjunto de la interacción cotidiana la que impulse el sentido de comunidad. Y es importante remarcar *el conjunto*, porque esta interacción no se limita al tiempo de trabajo.

De hecho, ese empujón extra que sube los ánimos nos espera muchas veces en la novedad y muchas veces en el juego o al menos en lo lúdico. Atreverse colectivamente a hacer algo nuevo e inusual en la cocina o el taller, descubrir un nuevo juego de mesa y jugarlo en equipos para aprender los trucos y los límites, plantear un reto colectivo que desbarate comodidades y roles implícitos no siempre visibles... lo lúdico es siempre una oportunidad para atrevernos, para probarnos capaces de ser un poco más... como nos gustaría ser.

Las tareas vitales

Los problemas centrales de la existencia -sociedad, trabajo y amor- requieren para su solución un genuino interés por los demás. El momento en el que pasan del discreto segundo plano que ocupan en la infancia a verse en el horizonte inmediato es decisivo. En este periodo nos encontraremos insociabilidad, suspicacia y un disfrute malicioso de la desgracia ajena; vanidades de todo tipo, hipersensibilidad, angustia al encontrarse con otros, hieratismo, mentira y engaño, injurias, ambición desordenada y muchos otros rasgos.

Sin embargo, aquellos que han sido adecuadamente educados en la vida comunitaria harán amigos con mayor facilidad. Se interesarán también por los problemas que afectan a la Humanidad y ajustarán sus puntos de vista y sus comportamientos a su bienestar. No buscarán el éxito llamando la atención sobre sí mismos por unos medios u otros. Su vida comunitaria estará marcada por la buena voluntad, aunque levantarán sus voces contra aquello que es peligroso para la sociedad, porque ni el más humano de los seres humanos puede librarse del ese sentimiento de rabia.

Alfred Adler

El trabajo

El trabajo es la actividad transformadora de nuestra especie sobre el medio. Bajo el capitalismo se organiza socialmente a través de un complejo sistema de intercambios mercantiles que convierte en mercancía el aporte individual de cada uno y presenta su producto como una mercancía ajena de los que lo realizan. La *alienación* no es otra cosa que esa inevitable ajenidad que nos produce el resultado social del propio aporte.

Sin embargo, el trabajo individual sigue siendo la forma de aporte social y universal básica, nuestra contribución a la sa-

tisfacción de las necesidades humanas a través del esfuerzo físico e intelectual. Por mucho que venga mediada por un sistema que vacía su significado, de manera más o menos inconsciente todos nos damos cuenta. Por eso necesitamos trabajar y no sólo *ganarnos la vida mediante un trabajo*.

El trabajo, sería por tanto la meta que nos da la oportunidad de pertenecer a la sociedad... mediada por las relaciones sociales imperantes en cada momento. Por eso, según Adler, en el capitalismo el salario de un trabajador cumple también un papel psicológico, porque «da la medida del valor del trabajador para la sociedad». Si lo pensamos un poco resulta evidente el papel de las diferencias salariales entre categorías y subcontratas como forma de azucar los mecanismos del sentimiento de inadecuación, los sentimientos de inferioridad y las metas más destructivas en la relación con los compañeros. No es de extrañar que las empresas sean el corazón de la trituradora psicológica en la que ha devenido el capitalismo.

Esta tendencia no hace en realidad sino subrayar la importancia y al mismo tiempo la dificultad de encontrar sentido y pertenencia en la relación con los compañeros de trabajo. La pertenencia es vital para que los trabajadores, a nivel individual, doten de significado su trabajo y para resistir la atomización más destructiva, pero también que puedan organizarse colectivamente.

Por otro lado, las colectividades no son islotes sin alienación al margen del sistema. Sin embargo, hay al menos dos factores que hacen mucho más fácil que el trabajo se desarrolle como la tarea vital que es para cada uno:

1. La existencia de un ámbito de trabajo no mercantilizado y cotidiano. El comunero se sabe rodeado y protagonista del trabajo colectivo en todos los ámbitos: desde militar y laborar por causas hasta hacer la colada y cocinar. Todos los trabajos sin relación con el mercado son formas de aporte que se integran en el trabajo y en la responsabilidad colectiva de la comunidad y que directamente *sirven*, son *útiles* a los demás.
2. La relación directa entre el trabajo colectivo orientado a mercado y la capacidad para satisfacer las necesidades de la comunidad. Tener claro para qué sirve cada proyecto a la colectividad a la que pertenecemos hace muchísimo más fácil *sentir el aporte* colectivo como parte de la gran fuerza transformadora que es el trabajo social.

En las colectividades, de hecho, el problema suele ser más que la creación de sentido de comunidad en el tiempo de trabajo, la tendencia a ocultar las flaquezas en las otras tareas vitales -pareja, amistad- por horas de trabajo de más.

La mayoría de los intentos de crear *comunidades igualitarias* no parten del reconocimiento de la centralidad del trabajo. Las comunidades más parecidas a nuestras colectividades que podemos encontrar en el mundo anglosajón suelen llamarse a sí mismas *income sharing communities*. Es decir, creen que lo que les define es *compartir ingresos* incluso cuando estos se derivan del trabajo colectivo.

Al invisibilizar en su propia existencia la importancia del trabajo que colectivamente realizan para el mercado, como colectividad, se privan también de comprender

que el trabajo no mercantil orientado hacia el interior de la comunidad -y en particular los trabajos domésticos- son una oportunidad fácil, cotidiana e inmediata de aporte lógicamente deseable por cada uno.

Por eso introducen *ruedas de tareas* que no hacen sino ocultar los problemas que creen estar solucionando. Porque si alguien se aleja o se niega a participar de estas tareas cotidianas, si en conjunto no le atraen, quiere decir que tiene un problema. Y ese es el verdadero problema colectivo y no que los platos queden un día sin fregar.

La amistad

La amistad real, la que genera significado para la vida de los amigos, es un tipo de relación que sólo puede darse en un marco previo de igualdad e identificación profunda. Requiere por tanto *sentido de comunidad* y en cada uno de ellos un genuino interés por el bienestar del otro, bienestar al que pondrán por encima de sus propias necesidades.

Es muy interesante el paralelismo entre la amistad adleriana y la amistad epicúrea. Ambas se asocian a un *hablar franco* que requiere contextos y evoluciones en común para poder producirse. Ambas son el resultado de una interacción prolongada en el tiempo a través de la cual el otro se convierte en un fin para uno mismo. Y en ambos enfoques, distintas amistades pueden tener distintos grados de profundidad, no porque los individuos tengan más o menos sentido de comunidad según las ocasiones, sino porque hayan compartido más o menos experiencias en común.

Y sin embargo, ninguna de las dos concepciones de la amistad es excluyente ni coloca a los amigos en una cápsula cerrada que racionaliza lo que comparte o aporta a la comunidad o comunidades de las que son parte.

La razón es sencilla: la amistad no es un chovinismo comunitario sino un espíritu de comunidad compartido. Y como toda expresión del sentido de comunidad no se confina en un *nosotros* exclusivo e íntimo en oposición a la comunidad mayor. Si así fuera, no sería amistad realmente, sino una unión temporal basada en el deseo de sentir *superioridad* sobre otros.

La otra *rueda del horror* que, generalmente aparece junto a la *rueda de tareas* en muchas comunidades igualitarias es la *rueda de críticas*. En ella, los miembros de la comunidad reprochan los sentimientos negativos y los supuestos daños que los otros miembros les habrían causado. No hay forma mejor de retrotraer a cada uno al subjetivismo más estéril alejándole del espíritu de comunidad ni de cercenar el reconocimiento de igualdad que permite desarrollarse una verdadera amistad.

En los kibutz clásicos sin embargo, los relatos de visitantes y exmiembros coinciden en describir la amistad como la relación comunitaria básica. Autores como Batya Gur insisten por ejemplo en la sorpresa -y rechazo- que le causaba ver cómo el hablar franco entre los miembros y la confianza mutua generalizada venían acompañados de una ausencia de *amigos especiales* y grupos separados de afinidad íntima (los equivalentes adultos de las pandillas de adolescentes). La autora contaba con especial desazón cómo cuando alguien

quería compartir algún pensamiento o sensación particular lo hacía con el que tuviera más a mano en ese momento en vez de reservarlo para unas pocas personas selectas.

La pareja

El amor de pareja es un sentimiento relativamente reciente en términos históricos cuyo significado se ha ido perfilando a lo largo de los últimos siglos. Hoy vendría a ser una amistad que además da espacio para el disfrute compartido del sexo, que pretende la estabilidad en el tiempo y que ofrece la perspectiva de servir de base a la crianza.

Desde la perspectiva adleriana, la definición es más exigente. El amor de pareja es en muchos sentidos una amistad *profunda*: implica una consciencia íntima de la igualdad entre los amantes, un fuerte sentido de comunidad y dar primacía al bienestar del otro sobre la propia necesidad (*devoción*).

Además Adler insiste en un elemento crucial que lo diferencia de la amistad: es una tarea vital *a dos* y como tal tienen que entenderla ambos. En el amor de pareja la sincronía en la evolución es vital. Es una diferencia sustancial frente a las tareas vitales del trabajo y la amistad; siendo estas sociales, el individuo puede realizarlas desarrollando la lógica del aporte con sus compañeros y amigos aunque estos no desarrollen su sentido de comunidad al mismo ritmo ni con la misma profundidad.

En otras comunidades, especialmente en las de inspiración anarquista, existe una verdadera prevención, cuando no una prohibición explícita, de las parejas. Las ven como grupos excluyentes y desconfían de la

influencia de este tipo de *comunidad dentro de la comunidad*

Este enfoque da por sentado que formar pareja supone renunciar al sentido de comunidad a favor de una relación que acabará oponiendo la pareja al resto de los miembros. La pregunta inmediata es por qué va a haber una mayor contradicción entre una pareja y el resto de los miembros que entre los dos amantes por separado y el conjunto de la comunidad. La única respuesta posible es que crean realmente que las parejas se basan en el sentimiento de inferioridad y que lo que las une es alimentar mutuamente un sentimiento de superioridad compensatorio. No es que sea imposible, pero no parece que sea así en la gran mayoría de las ocasiones. Es más, si fuera el caso, el problema de fondo -el sentimiento de inferioridad e inadecuación de ambos- no desaparecería porque no formarían pareja.

En cualquier caso, oponer una comunidad o colectividad al desarrollo de las tareas vitales de sus miembros sólo puede conducir a una verdadera crisis de sentido, alimentando las tendencias más destructivas, sectarias y autoritarias. No hay error peor.

El sentido de comunidad como práctica social y como moral

Para Adler el sentido de comunidad no termina en la comunidad de pertenencia, se proyecta a través de la *comunidad mayor* hasta hacer converger el sentido de la vida de cada uno con la resolución práctica de la satisfacción de las necesidades humanas universales.

Pero la realidad es que hoy, entre el trabajador individual y las necesidades de la especie no se coloca una *comunidad mayor*, sino un modo de producción cuyos objetivos -y a consecuencia de estos, sus instituciones e ideología- contradicen y destruyen de raíz todo sentido de comunidad, dejando a su paso un reguero de vidas trituradas, pérdida de sentido y violencia antihumana.

No se trata sólo de que, por sí mismo, el sistema aliene a los trabajadores y a la sociedad entera de su propio significado en relación a la especie y la Naturaleza. El objetivo principal del sistema, la acumulación de capital, es cada vez más contradictorio con la satisfacción de las necesidades humanas universales, por eso nuestra época histórica está marcada por un antagonismo creciente entre crecimiento del capital y desarrollo humano. El capitalismo está en una verdadera crisis de civilización sin otra solución posible que su superación definitiva por un sistema en el que el principio rector de la acumulación de capital sea sustituido por la satisfacción directa y social de las necesidades humanas universales.

No cuesta imaginar desde luego, que si la sociedad huma-

na, ahora con inmensas capacidades de transformación y conocimiento en sus manos, volviera a ser una comunidad, es decir, si dejara de estar fracturada en clases con intereses contradictorios, el *sentido de comunidad* sería la base de la psicología individual en la Humanidad reconciliada consigo misma y con la Naturaleza.

Pero en nuestro presente la proyección del sentido de comunidad hacia la especie no puede encontrar un encaje en la sociedad establecida que no sea contradictorio con las instituciones y relaciones sociales existentes. No se puede *aportar* sin más a una estructura y unos fines que destruyen a las personas en masa, que se han convertido en un lastre para la Humanidad y en un peligro para el medio natural del que los humanos somos parte.

Por eso el *sentido de comunidad*, como principio del comportamiento individual, se ve necesariamente restringido al espacio comunitario realmente existente: los escasos entornos en los que los trabajadores *resisten* como pueden a la mercantilización y la atomización dominante manteniendo sistemas de solidaridad que no pretenden ser un mero intercambio de equivalentes: la familia, la mínima organización de la red más íntima de amigos, la solidaridad básica con los compañeros de trabajo...

Más allá de esos espacios, el sentido de comunidad sólo puede proyectarse como principio moral y sólo puede conectar al individuo y a las comunidades que le definen con la sociedad... futura. En una época en la que el principal trabajo que se plantea como necesario y posible a la Humanidad es la instauración de la comunidad humana universal, no hay

moral transformadora posible que no parta del sentimiento de comunidad.

Para las colectividades y en general para todas las formas de organización que van apareciendo en ese proceso, el sentido de comunidad es una moral práctica: un pedazo del futuro operando en el presente, conectando a cada uno con un porvenir realmente humano y mostrando a todos lo que el trabajo realmente significa como tarea vital.

Apéndice: Cuatro consejos para colectividades novatas

1. Tener las puertas abiertas no es lo mismo que dejar la entrada libre

Para que una comunidad pertenezca realmente a sus miembros, estos han de poder sentir y afirmar realmente su pertenencia a la comunidad. Es algo fundamental, porque cuando esto no se produce, inevitablemente habrá quien *reparta pertenencia* y quien *intente ganar identidad*. Y es entonces cuando surgen el sectarismo, el mesianismo y el autoritarismo.

Por eso, la buena práctica básica de toda colectividad es establecer una política de admisiones *difícil* por estar basada en la colaboración continuada y el conocimiento mutuo previos. Una colectividad no puede crecer sobre *adhesiones* o *flechazos*, del mismo modo que una familia no adopta legalmente a nadie simplemente porque declare su admiración y confiese lo mucho que le gustaría llevar su apellido.

Pertenecer no es adoptar una identidad, no es algo que dependa siquiera de una decisión de la colectividad, es algo que requiere coraje, aporte y desarrollar la propia autonomía personal para el bien de los demás y para la consecución del propósito que comparten.

2. Una colectividad no es una comunidad terapéutica

Hasta cierto punto, y sólo hasta cierto punto, podemos encontrar inspiración en las técnicas que utilizan los analistas adlerianos para incorporar elementos a la vida comunitaria que sirvan para que su propia dinámica refuerce el sentimiento de comunidad de sus miembros.

Lo más importante, sin duda, es el establecimiento de un compromiso claro y consciente entre cada miembro y la comunidad. No basta con declarar la voluntad de pertenencia a través del aporte como una definición de la comunidad. Los miembros, especialmente los nuevos, tienen que estar de acuerdo con hacer esa meta propia. No es algo meramente declarativo, significa analizar los problemas y conflictos desde esa lógica y estar dispuestos a hacer reajustes cuando sea necesario.

A partir de ahí, las batallas de cada cual con su lógica privada tienen que verse reforzadas por los demás. Lo que implica hablar y hablar franco. Hablar sobre los propios sentimientos negativos, no dudar en poner sobre la mesa y discutir los comportamientos antisociales y sus motivaciones... y sobre esa base, a veces necesariamente descarnada, animar al coraje.

Y realmente... poco más. Una colectividad no puede sustituir una terapia y no puede aceptar convertirse en espacio terapéutico sin poner en peligro sus fines.

Si alguien no es capaz de encontrar su lugar en los primeros meses de integración, es claro que el volumen

de tareas pendientes que tiene es excesivo como para esperar que la mera convivencia comunitaria le baste para arreglar sus problemas profundos, por receptiva y animadora del coraje que sea la comunidad.

Tanto el individuo como la comunidad tienen que reconocer entonces que es necesaria la ayuda de un *consejero* o terapeuta profesional.

3. El sentido de comunidad no se mide en términos ideológicos

Lo importante en la vida colectiva es no perder nunca de vista dos principios morales básicos:

1 El otro no es para nosotros un medio para alcanzar nada, sino un objetivo en sí mismo; lo que nos mueve a intervenir cuando vemos surgir el conflicto y con lo que tenemos que ser coherentes, es con el deseo de fortalecer su autonomía animando su coraje para aportar y desarrollar su sentido de comunidad.

2 El sentido de comunidad no puede medirse por su alineamiento con los términos más o menos arbitrarios por los que cada comunidad se defina, sino por la comprensión de que, en cualquier comunidad o entorno sano solo el aporte nos permite construir pertenencia y desarrollarnos.

Por tanto, no pueden tratarse diferencias ideológicas, de organización interna o de perspectiva como si fueran problemas de interacción, integración o desarrollo personal.

Si por ejemplo, la comunidad se convirtió al veganismo, no puede pedirle a nadie que cambie su dieta como si tal cosa fuera un aporte exigible. No lo es desde el punto de vista de la vida comunitaria. Es una diferencia política, estética o moral que tiene que tener su propio terreno y que bien puede ameritar una ruptura sin que suponga que nadie tenga que revisar sus metas y objetivos vitales. La comunidad tiene el derecho de pasar a ser vegana o cualquier otra cosa, no de imponer su *hallazgo* a nadie.

De modo general cabría decir lo mismo de cualquier diferencia o definición particular de una colectividad. Frente a las diferencias, pretender reafirmar la pertenencia del otro no sólo es un error, puede convertirse fácilmente en un ejercicio de chantaje emocional y en una forma encubierta de imposición totalitaria. Una comunidad sana debe saber que *no es para todo el mundo* sencillamente porque no todo el mundo debe pensar y vivir como ella.

4. Poner reglas es un mal síntoma

En la segunda mitad del siglo XVII, los primeros ideólogos de la burguesía, que empezaba a aspirar a ordenar el conjunto del trabajo social, crearon el mito del *autómata social*. Imaginaban la sociedad como un gigantesco mecanismo ordenado por leyes y normas que, de forma automática, generaría *prosperidad* de forma siempre ascendente (acumulación de capital) a base de reducir a las personas a engranajes dedicados a un

trabajo específico. Fue la primera expresión de una ideología que llega hasta hoy según la cual cualquier comunidad humana sería *tan buena como sus normas*.

Una colectividad no puede verse sin embargo reflejada en la metáfora del autómata social. La moral comunitaria ve en cada persona un fin en sí mismo, no un medio para mantener un mecanismo extractivo en marcha. Y por lo mismo, no puede reducir a sus miembros a una o varias funciones *útiles* a un fin dado de antemano. La idea de que la interacción humana debe reducirse a un diseño preconcebido e impuesto con el mayor detalle posible a través de normas es ajena al colectivismo.

Por supuesto, pueden ser necesarias algunas normas consensuadas para facilitar el trabajo, adecuarse al entorno, o establecer costumbres que se desea instaurar, pero no podemos esperar suplir con normas las carencias de sentido de comunidad. Si lo hacemos, abortaremos su desarrollo que es el de sus miembros, y no tendremos una colectividad real sino una apariencia sostenida, siempre frágilmente, por normas y exclusiones.

